
Las revistas literarias y la recepción de las ideas en el siglo XIX

Carlos Illades*

Dentro de las publicaciones periódicas del siglo XIX las revistas literarias ocupan un papel destacado, obviamente porque documentan la historia de este campo, pero también por el hecho de testimoniar la vida intelectual del país. Éstas, además de literarias, fueron revistas culturales en sentido amplio, y por tanto, son ahora fuente valiosa para el conocimiento del pensamiento decimonónico, de la recepción de las ideas y del despliegue de las corrientes estéticas en un medio donde todavía no se constituían los distintos saberes en especialidades diferenciadas, y el préstamo, la mezcla de ideas y de enfoques, y la trashumancia disciplinar eran moneda corriente. Este texto estudia las primeras publicaciones literarias y pondera el papel que desempeñaron en la recepción y difusión del pensamiento moderno. Lo mueve el afán de trascender el simplismo que distingue las corrientes nacionalista (la Academia de Letrán, el Liceo Hidalgo, la novela de la Revolución, etcétera) y cosmopolita (el modernismo, Los Contemporáneos) de la literatura mexicana, bajo el criterio de su aceptación o no de los cánones foráneos, como si la primera estuviera ensimismada en lo autóctono y la segunda viviera de cara al exterior. En esta

línea, se tratará de mostrar cómo algunas de las publicaciones literarias que expresaron tempranamente esta óptica nacionalista estuvieron abiertas a las tendencias estéticas de la otra orilla del Atlántico, e hicieron de las traducciones y de los comentarios a la obra de los escritores más relevantes una práctica habitual. *El Iris* (1826), *El Recreo de las Familias* (1837-1838) y *El Renacimiento* (1869), objeto del análisis, son difíciles de concebir al margen del clacisismo y del romanticismo europeos, pero a la vez, quienes los impulsaron, colocaron los cimientos del nacionalismo cultural, que acometió la empresa de desarrollar una literatura nacional¹ independiente de la tutela europea, como había ocurrido

¹ Herder quebró el paradigma ilustrado según el cual existía esencia humana única y una meta común, encarnada en la razón, para toda la especie humana y exploró la especificidad de pueblos y culturas, dotados de un espíritu propio y singular. Isaiah Berlin, *Las raíces del romanticismo*, edición de Henry Hardy, Madrid, Taurus, 2000. Una de las derivas de su postura fue la promoción de las literaturas nacionales que, en el siglo XIX, obsesionó a los escritores latinoamericanos. De hecho, el romanticismo fue la primera corriente “nacional”. Goethe, por su parte, introdujo el concepto de literatura universal. Ottmar Ette, “Europa como movimiento. Sobre la construcción literaria de un asunto fascinante”, en Gustavo Leyva, coord., *Política, identidad y narración*, México, Miguel Ángel Porrúa/Universidad Autónoma Metropolitana, 2003, p. 333.

* Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Iztapalapa.

antes en el plano político, al separarse México de la metrópoli española.

La vida literaria decimonónica padeció continuas interferencias tanto por parte de la política como por las demás artes y saberes.² Operaban en el mismo circuito los escritores, los músicos y los científicos o, más aún, cada uno transitaba por varios oficios culturales. Frecuentemente ellos mismos hacían la crítica de arte,³ ejercían el magisterio y realizaban actividades diversas para ganarse la vida. La presencia del romanticismo, que creía en la necesidad de integrar los distintos campos del conocimiento en un programa unitario, abonó esta tendencia. Asimismo, las luchas políticas del periodo, que deslindaron los terrenos ideológicos dentro de los cuales se movían los hombres de ideas, y la edificación de las instituciones nacionales en la que ellos mismos intervinieron, otorgaron relevancia a su opinión, más allá del ámbito cultural.⁴

Un ejemplo conocido es el de Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893), fundador de *El Renacimiento*, que a lo largo de su vida combinó la literatura, el periodismo, la promoción cultural, la función pública y la carrera militar. También circularon en distintos ambientes el poeta cubano José María Heredia, y los litógrafos italianos Claudio Linati y Florencio Galli, creadores de *El Iris*. Heredia (1803-1839), comenzó la ruta del exilio en Nueva Inglaterra y en una segunda y definitiva escala vino a México en agosto de 1825, donde colaboró con los gobier-

nos de Guadalupe Victoria⁵ y Antonio López de Santa Anna, para en sus últimos días malvivir como juez en Toluca. Linati (1790-1832), revolucionario en Italia y España, inició la litografía en México.⁶ Galli trabajaba como empleado en las minas de Tlalpujahua antes de que su paisano lo incorporara a su proyecto editorial. También había tenido una militancia política que lo condujo a emigrar de Italia.

Las revistas literarias iban dirigidas a una comunidad pequeña de lectores, pero en crecimiento. Buscaron en el público femenino a un nuevo interlocutor —*El Iris* cedía un espacio a la “moda”, e incluso *El Renacimiento* publicó las contribuciones de varias poetisas— además de reservar varias páginas a la política, de mayor interés para los lectores masculinos. En cualquier caso pusieron a disposición de un público culto amplios campos del conocimiento abordados por los mejores autores mexicanos o, de ser necesario, mediante la reproducción y la traducción directa de materiales de interés escritos en otras lenguas.

La tentativa de rastrear aspectos originales en los escritores mexicanos que colaboraron en estas publicaciones debe atender más a la forma como mezclaron ideas de distinta matriz teórica e ideológica, que a buscar rasgos prístinos o novedosos. Lo esencial, en todo caso, fue la

² Todavía no se configuraban las reglas específicas del campo literario. Al respecto, véase el importante estudio de Pierre Bourdieu, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama, 1995.

³ Véase Ida Rodríguez Prampolini, *La crítica de arte en México en el siglo XIX*, 3 vols., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1997.

⁴ Sobre el reemplazo del sacerdote por el escritor como creador de opinión, remito al clásico estudio de Paul Bénichou, *La coronación del escritor 1750-1830. Ensayo sobre el advenimiento de un poder espiritual laico en la Francia moderna* México, Fondo de Cultura Económica, 1981.

⁵ “No es la menor dicha de la nación tener a la cabeza al general Victoria: no hay mexicano que no deposite en su patriotismo la más profunda confianza”. José María Heredia, “Rumores de invasión”, *El Iris*, 22 de abril de 1826, en *El Iris. Periódico crítico y literario por Linati, Galli y Heredia* (edición facsimilar), introducción de María del Carmen Ruiz Castañeda, índices de Luis Mario Schneider, 2 vols., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1988, I, pp. 121-122.

⁶ En sus *Trajes civiles, militares y religiosos de México* (Bruselas, 1828), obra compuesta por cuarenta y nueve litografías basadas en las acuarelas que pintó dos años antes, retrató la estratificación social, racial y ocupacional del país. Véase Claudio Linati, *Acuarelas y litografías*, prólogo de José N. Iturriaga de la Fuente, México, Inversora Bursatil, 1993. Algunas de sus litografías se comentan en Carlos Illades, “Viajeros y utopistas en el siglo XIX”, *Universidad de México*, 616, octubre 2002, pp. 11-12.

manera particular en que adaptaron las herramientas intelectuales a un espacio social y cultural muy distinto y distante de donde surgieron. Sin embargo, no deja de llamar la atención la gran variedad de temas que fueron capaces de tratar de forma muchas veces caótica, aunque por lo general informada: literatura mexicana y europea (poesía, narrativa y ensayo), arqueología, política nacional e internacional, historia de México y de varios países, crítica teatral y musical, estudios lingüísticos, tradiciones populares, religión, estadística, biografías, viajes, geografía, efemérides, cuestiones militares, física, tecnología, etcétera. En este sentido, las siguientes páginas son un diagnóstico inicial acerca de las tendencias, los intereses, las preferencias y los gustos de la incipiente comunidad intelectual y del público letrado de las primeras décadas de la postindependencia.

La mirada forastera

Entre el 4 de febrero y el 2 de agosto de 1826, se editaron cuarenta números de *El Iris*, “periódico crítico y literario”, en las prensas de la Imprenta del Águila. Inicialmente aparecía los sábados, y a partir del número catorce, también los miércoles. Su distribución quedó a cargo de la propia oficina de la revista (calle de San Agustín núm. 13) y de las librerías de Recio, Ackerman, Valdés y Galván.⁷ La suscripción trimestral costaba

⁷ Manuel Recio fue un librero español que llegó a México en los primeros años de vida independiente. Instaló su negocio en el portal de Mercaderes donde vendía textos elementales importados de España y Francia. María del Carmen Reyna, “Impresores y libreros extranjeros en la ciudad de México, 1821-1853”, en Laura Beatriz Suárez de la Torre, coord., *Empresa y cultura en tinta y papel*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, p. 267. En la década de 1820, Mariano Galván Rivera vendía libros en el Portal de Agustinos y tenía una imprenta en su casa-habitación de la calle de Alfaro. Para 1827 mudó imprenta y hogar a la calle de Cadena, donde permaneció por lo menos quince años más. Laura Solares Robles, “Prosperidad y quiebra. Una vivencia constante en la vida de Mariano Galván Rivera”, en Suárez de la Torre, coord., *op. cit.*, p. 110.

cuatro pesos en la Ciudad de México; cinco y los gastos de envío en los estados de la república. La presentación de Heredia al primer número precisó el objeto (brindar un solaz agradable), identificó en las “personas de buen gusto” y “el bello sexo” a los destinatarios ideales, expuso los géneros a emplear (poesía, teatro, biografía, ensayo, crónica), fijó el tipo y la temática de las ilustraciones, que incluían litografías y partituras de música moderna, y la orientación ideológica de la revista.⁸ Linati, Heredia y Galli redactaron prácticamente toda la publicación, permitiendo ocasionalmente la incorporación de manuscritos de otros autores. El escritor cubano escribió poesía, ensayos y reseñas, y todas las crónicas teatrales y traducciones, apoyado en su conocimiento del inglés, francés e italiano. Galli se encargó de la mayor parte de los ensayos e hizo reseñas y poesía. Linati escribió ensayo y poesía, además de ilustrar la publicación.⁹

Contra lo que después pensarían los viajeros extranjeros, en ese momento Europa no era para los editores de *El Iris* una influencia benéfica y un faro civilizatorio; por el contrario, representaba un elemento retardatario reintrodutor de la barbarie política. Obraba en sentido opuesto al sueño de la modernidad de homogeneizar al mundo a imagen y semejanza del Viejo Continente, y de compartir la convicción de Alexander von Humboldt de que el progreso del mundo sería posible solamente si todos participaban de él.¹⁰

Linati comparó las repúblicas antiguas y modernas, concluyendo que el gobierno representativo desarrollaba de suyo todas las potencialidades humanas y permitía el desarrollo óptimo del cuerpo social.¹¹ Representó a la tiranía en una siniestra imagen: vestida a la romana, con un báculo en la mano izquierda y el

⁸ “Introducción”, *El Iris*, 4 de febrero de 1826, I, p. 1.

⁹ *El Iris*, I, p. XXXIX.

¹⁰ Acerca de la noción de Europa como espacio mutable y la influencia de la periferia en la definición de sus fronteras, véase el magnífico ensayo de Ottmar Ette, *op. cit.*, pp. 328 y ss.

¹¹ “Civilización”, *El Iris*, 11 de febrero de 1826, I, pp. 9-11.

cráneo de Europa en la diestra, a la que le habla al oído un fraile mientras una bestia detiene una hacha. Un muro pertenece a la Inquisición. Un demonio deshoja un texto constitucional, las revistas liberales son quemadas. Arriba están escritos los nombres de las naciones sometidas. Atrás se observan los cuerpos inertes de sus víctimas ahorcadas, Hidalgo y Mina entre ellas. Al pie, un verso sentencia: “Entre superstición y fanatismo/La feroz tiranía mira sentada/Y con terror y mercenaria espada/ Doquier siembra la muerte el despotismo”.¹²

El litógrafo italiano, quien había sido carbonario, destacó la importancia de las sociedades secretas en la regeneración de las naciones europeas. La Confederación Helvética, los Países Bajos e Inglaterra difícilmente habrían logrado las libertades de que gozaban a no ser por estas organizaciones clandestinas, anatémizadas por la Iglesia y los déspotas absolutistas. Incluso aunque hubieran alcanzado sus objetivos, estas sociedades deberían mantenerse vigilantes ante la posibilidad de que sus adversarios volvieran a la carga. Sólo cuando floreciera en todos lados “el hermoso árbol de la libertad, sin que ningún enemigo intente cortar sus raíces, meditando su muerte, diremos que cesen todos los misterios, ya que no los debe haber entre hermanos”.¹³

Ese tiempo estaba aún por venir y supondría capitalizar en provecho de la humanidad entera los logros científicos y tecnológicos de “la asombrosa progresión de las Luces”. Linati no dudaba que vivía en una época de progreso material, de rebasamiento de las viejas fronteras geográficas y culturales, gracias a la expansión de la navegación y del comercio; un proceso de universalización que abría por vez primera la posibilidad de una verdadera integración de toda la especie. Este vendaval de experiencias, riquezas y descubrimientos —sintetizados con los antiguos— ensanchó su mundo mental, y entonces “el globo no pareció más que un punto, que una patria

común, cuyos beneficios por consiguiente lo eran también a todos sus habitantes”.¹⁴

El significado de la independencia nacional y el peligro que la acechaba ocupó muchas páginas de *El Iris*. Por eso, según Heredia debería continuamente recordarse al pueblo “las guerras sangrientas de la independencia”, provocando una “mayor adhesión a sus principios” y permitiéndole “apreciar el valor de nuestras instituciones libres con la memoria de los esfuerzos y dolores que costó su adquisición de la patria”.¹⁵ La mirada política dirigida a las naciones americanas estaba imbuida del temor hacia una regresión semejante a la sufrida por Europa por la reinstauración absolutista. Galli advirtió del peligro que ésta entrañaba para las nacientes repúblicas: “se encienden las mismas hogueras en que se forjaron los grillos a la Europa, para encadenar a la América”.¹⁶ Esta pretensión restauradora era absurda y antinatural, obedecía a un afán insensato, a “la demencia de querer hacer girar al revés la rueda de la Ilustración”.¹⁷ Con Linati y Heredia, sospechaba que España y la Santa Alianza no descartaban invadir México.¹⁸ Tres años después lo confirmaría la aventura del brigadier Isidro Barradas.¹⁹

Los temas y autores tratados en *El Iris* indican el interés por la cultura clásica, tanto el helenismo como las antigüedades de Medio Oriente, conocidas fundamentalmente a través de los relatos de los viajeros, y por la civilización mesoamericana; la poesía clásica y romántica,

¹⁴ “Civilización”, *El Iris*, 3 de junio de 1826, II, p. 78. Con cursivas en el original.

¹⁵ “Introducción”, *El Iris*, 4 de febrero de 1826, I, p. 2.

¹⁶ “Historia contemporánea”, *El Iris*, 4 de marzo de 1826, I, p. 42.

¹⁷ “Europa”, *El Iris*, 20 de mayo de 1826, II, p. 41.

¹⁸ Claudio Linati, “Los enemigos de fuera amenazan la independencia” y “¿El peligro está próximo o remoto?”, *El Iris*, 3 y 7 de junio de 1826, II, pp. 75-77 y 81-82; José María Heredia, “Rumores de invasión”, *El Iris*, 22 de abril de 1826, I, pp. 121-122.

¹⁹ Para una historia de los intentos metropolitanos por recuperar México véase Harold D. Sims, *La reconquista de México. La historia de los atentados españoles, 1821-1830*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

¹² *El Iris*, 15 de abril de 1826, I, pp. 120-121.

¹³ “Sociedades secretas”, *El Iris*, 12 de mayo de 1826, II, pp. 27-28.

sobre todo la inglesa, y la narrativa gala; la música, la divulgación científica y noticias sobre los países europeos; y la política internacional y mexicana. Linati destacó la pintura de Luis David, su mentor, llamándolo “el Rafael de la Francia”; Galli y Heredia la literatura de este país.²⁰ El poeta cubano lamentó que únicamente se conocieran en México los grandes nombres de las letras francófonas (Corneille, Racine y Rousseau), pero no los escritos de Chernier, Ducis y Lebrun. Recomendaba a los lectores dejar de ser timoratos y ensanchar “la esfera de nuestras ideas más allá de los límites que conocemos, para lanzarnos en la región de las cosas posibles, y buscar en ella nuevos títulos a la gloria”.²¹

Heredia habló también de George Gordon Byron y Thomas Campbell. A su juicio, lord Byron era el mayor de los poetas ingleses contemporáneos. No le gustaban la excentricidad y la moral del escritor: admiraba su poesía. Lo veía alejado del canon clásico y abierto al genio de su propia fantasía, ágil en saltar de un tema a otro, en cambiar de tono y estilo. Esta pericia deslumbró al poeta isleño que sabía de memoria sus versos, comprendía su dolor interior y compartía su espíritu libertario.²² Campbell, reposado, estudioso y modesto, poseía una escritura delicada y sobria, no cultivaba el exotismo como Byron, cantaba a la vida doméstica y campestre.²³ Hizo además una reseña crítica de las *Poesías* (1826) del joven jalapeño Joaquín María del Castillo y Lanzas. Le reconoció facultades, a la vez que desaprobó la ligereza con que hablaba de cuestiones íntimas y notó constantes incorrecciones estilísticas: falta de armonía en la versificación,

impureza en el lenguaje, afrancesamiento en el fraseo, falta de claridad. Aprovechó también para definir su concepción de este género literario: “la poesía en el fondo consiste en la fuerza y belleza de los sentimientos e imágenes”.²⁴

Cuando Linati comentó las impresiones del viaje que el arquitecto italiano Francisco Vecelli hizo a la Isla de Sacrificios en 1825 y, en particular, los objetos prehispánicos que compró, impresos por aquél en una litografía, planteó el asunto de la influencia de etruscos y chinos en la civilización mesoamericana: “no se sabe, ni hay datos que para creer que estos pueblos, antes de la conquista puedan haber tenido relaciones y heredar conocimientos de los europeos ni de los asiáticos”.²⁵ Lo interesante aquí no es destacar la errada apreciación del litógrafo, sino la carencia de herramientas para penetrar dentro de una civilización prístina y, en consecuencia, la obligada referencia a lo que le es familiar o, tan siquiera, conocido a través de los registros.

El lugar que le otorga a estos hallazgos está en los extremos de su cultura (Roma y Etruria), y el más remoto en el espacio y el tiempo: China. En el primer caso se podría tratar tanto de una analogía como de una manifestación de simpatía: los etruscos llegados del norte de la península Itálica dominaron Roma durante el siglo VI antes de nuestra era y definieron su evolución posterior (a ellos deben los romanos el nombre de su ciudad y el alfabeto). ¿Por qué no extenderían también su influencia hacia México? El Lejano Oriente, estaba en las antípodas geográfica y cultural de Europa: lindaba con lo desconocido, y encarnaba lo exótico, distante y ajeno, aunque asimilado parcialmente por la conciencia occidental que, en el siglo XIX, desplegó una fascinación por Asia equivalente a la experimentada en el Renacimiento por la antigüedad greco-latina.²⁶ El problema ahora era desentrañar cómo las influencias europea y

²⁰ Claudio Linati, “Necrología”, *El Iris*, 18 de marzo de 1826, I, p. 68; Florencio Galli, “Literatura francesa”, *El Iris*, 29 de abril de 1826, I, p. 132. Según éste último, la “Francia literaria” era mucho más que la “Francia política”.

²¹ José María Heredia, “Literatura francesa moderna”, *El Iris*, 8 de abril de 1826, I, p. 98.

²² “Poetas ingleses contemporáneos. Lord Byron”, *El Iris*, 25 de febrero de 1826, I, pp. 26-31.

²³ “Poetas ingleses contemporáneos. Tomás Campbell”, *El Iris*, 17 de mayo de 1826, II, pp. 33-36.

²⁴ “Revisión de obras”, *El Iris*, 7 de junio de 1826, II, p. 83.

²⁵ “Antigüedad”, *El Iris*, 18 de febrero de 1826, I, p. 22.

²⁶ Edward W. Said, *Orientalismo*, presentación de Juan Goytisolo, Barcelona, Debate, 2002, p. 83.



asiática se pudieron extender a Mesoamérica. En eso Linati fue cauto al dejar a los “sabios eruditos en las antigüedades mexicanas”²⁷ la resolución del enigma.

El número veintisiete publicó unos versos de Heredia adaptados a una pieza musical de Wenzel.²⁸ La siguiente entrega anunció su retiro de la redacción y, en breve comunicado, Linati y Galli reiteraron el aprecio al talento del poeta isleño, sin revelar las razones de su separación.²⁹ Luis Mario Schnaider conjetura que se debió a la polémica provocada por la crítica de Heredia a una traducción del actor teatral español Andrés Prieto, ante la cual no obtuvo el respaldo de sus colegas italianos. Otros agregan que la reiterada desaprobación de éstos hacia la política de la logia escocesa,³⁰ de un liberalismo más moderado que el de los yorkinos, distanciaron al escritor cubano de la beligerante mancuerna europea.³¹ Tras su salida, la revista se desdibujó, se empobreció la sección literaria, aumentó la reflexión política y los textos de los redactores dejaron de estar firmados. Con el número cuarenta, dieron por terminada la publicación, aduciendo “la escasez de sus luces” y el ingente esfuerzo de editar una revista editada en una

²⁷ “Antigüedad”, *El Iris*, 18 de febrero de 1826, I, p. 22. Años después Isidro Rafael Gondra lamentaría el atraso de la arqueología mexicana: “tan falta de método y exactitud, como llena de oscuridad”. “Arqueología literaria”, *El Recreo de las Familias*, 15 de febrero de 1838, p. 302.

²⁸ *El Iris*, 17 de junio de 1826, II, p. 111.

²⁹ “Manifestación”, *El Iris*, 21 de junio de 1826, II, p. 113.

³⁰ Linati escribió varios artículos sobre la situación interna de México: “Política”, “¿Hay enemigos del Estado?”, “Los enemigos del Estado conspiran”, “¿Estando el peligro próximo, se necesitan medidas vigorosas que estén fuera del alcance de las autoridades ordinarias?” y “¿Cuáles son los peligros de la dictadura, y existen en este país?”, *El Iris*, 21, 27 y 31 de mayo, 10 y 14 de junio de 1826, II, pp. 49-51, 58-59, 68-69, 88-90 y 97-98, respectivamente.

³¹ *El Iris*, I, p. L; María Eugenia Claps Arenas, “*El Iris*. Periódico crítico y literario”, *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, 21, enero-junio 2001, pp. 5-29.

lengua distinta de la suya.³² Lo cierto es que uno y otro abandonaron el país, tal vez previniendo una expulsión por inmiscuirse en los asuntos internos de México: Linati marchó para Bruselas y Galli partió hacia Inglaterra.³³

El mundo al alcance del público

El título de varias revistas enfatizó el carácter nacional al que aspiraban: *El Mosaico Mexicano* (1836-1837, 1840-1842), *El Liceo Mexicano* (1844), *El Museo Mexicano* (1843-1846), *El Ateneo Mexicano* (1844-1845), *Revista Científica y Literaria de México* (1845-1846), *El Álbum Mexicano* (1849) y *La Ilustración Mexicana* (1851-1855).³⁴ Otras, aunque buscaban ese objetivo, llamaron la atención sobre el tipo de lector que deseaban allegarse y la distracción que le ofrecían. Así ocurrió con *El Recreo de las Familias*, editado en la imprenta de Mariano Galván Rivera, que arrancó en noviembre de 1837 bajo la dirección de Ignacio Rodríguez Galván.³⁵

Además del apoyo económico de su tío, el proyecto editorial de Rodríguez Galván contó con la experiencia de José María Heredia y se bene-

³² “Aviso”, *El Iris*, 2 de agosto de 1826, II, p. 214. El problema no parece haber sido el dinero o la falta de lectores, pues a partir de mayo editaron dos números por semana sin incrementar el precio de la suscripción. “Aviso”, *El Iris*, 1º de abril de 1826, I, p. 96.

³³ Antes de partir, Linati dejó un poder al inglés Robert Manning para que arreglara lo referente a la litografía que había traído a México, así como una indemnización por las pérdidas sufridas por su negocio. María del Carmen Reyna, *op. cit.*, p. 261.

³⁴ Pablo Mora observa en estas revistas un desplazamiento temático, de la política hacia la cultura, movido por la intención de dar a conocer el país. “Los lazos nacionales y la vía de la tinta de Manuel Payno: revistas literarias de la primera mitad del siglo XIX”, en Margo Glantz, coord., *Del Fistol a la Linterna. Homenaje a José Tomás de Cuéllar y Manuel Payno en el centenario de su muerte*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1997, p. 193.

³⁵ Rodríguez Galván (1816-1842), nació en Tizayuca y fue uno de los más asiduos participantes en la Academia de San Juan de Letrán, donde leyó poemas, piezas

fició del cierre temporal de *El Mosaico Mexicano*, que acercó a su redacción a Isidro Rafael Gondra, Pascual Almazán, Fernando Calderón, Manuel Orozco y Berra, Joaquín Navarro, José Ramón Pacheco, Manuel María Andrade, Eulalio María Ortega, Antonio Larrañaga, José Joaquín Pesado y las del núcleo que formó la Academia de Letrán. La nueva revista quincenal atendió los temas científicos, y desdeñó la política y la historia patria, aunque publicó efemérides históricas de México y América Latina. Predominaron el ensayo y la poesía, sobre la crónica y la narración; decayó la polémica. Buscaba entretener y actualizar a un público culto, el cual resultó insuficiente para costearlo.³⁶ Cada número incluía una litografía y costaba cuatro reales; tres pesos y cuatro reales valía la suscripción trimestral en los departamentos de la República. Las litografías, copiadas prácticamente en su totalidad de *El Artista* de Madrid (copia a su vez del parisino *L'Artiste*)³⁷ por la imprenta Rocha y Fournier, las hicieron Federico de Madrazo, Cayetano Palmaroli, Carlos Luis Ribera y F. Morales.³⁸

Muchos de los materiales fueron tomados directamente de las revistas españolas, lo cual no contradujo el propósito de mexicanizar las colaboraciones. Los autores nacionales, además de publicar sus propios escritos, tradujeron a los grandes pensadores europeos, reseñaron libros de interés, resumieron artículos extensos o compusieron poemas imitando a los poetas más notables. Esto supuso la asimilación por lo menos parcial de las corrientes estéticas europeas, tanto porque llevaron a la lengua vernácula textos generados en otro contexto cultural, como porque reprodujeron y recrearon el estilo de los grandes escritores. Sin duda, el ejercicio de

adoptar el canon, pero insertándolo en una realidad distinta, significó una adaptación y, a la vez, una traducción no sólo de índole literaria sino también de orden cultural.³⁹

Hubo además una traducción de tipo histórico, que yuxtapuso la gesta de la independencia sobre la resistencia indígena a la conquista (como si la una hubiese sido la repetición de la otra, y como si los actores fueran idénticos). *Jicoténcal* (1826) y *Netzula* (1832), las primeras novelas históricas mexicanas, subieron al escenario literario el tema indígena, encomiaron el valor de los guerreros de las culturas originarias ante la amenazadora presencia de los españoles, y trazaron un paralelo con la emancipación política decimonónica: Xicoténcatl combatió a la tiranía mexicana y, simultáneamente defendió la “república” tlaxcalteca de la “monarquía” peninsular; en *Netzula* los valientes hombres del Anáhuac, comandados por Oxfeler, “general del ejército de la América”, libraron una batalla desigual contra “los hijos de la España”, hasta que cayeron.⁴⁰ A fin de cuentas, la inmolación de los caudillos indígenas simbolizaba la causa de todos los pueblos y era por lo menos tan legítima como los anhelos independentistas de las naciones americanas, los intentos por acabar con el absolutismo o el parto de los Estados nacionales europeos.

Paradójicamente, mientras la guerra de conquista incorporó a los aborígenes americanos al flujo histórico universal, el imaginario de los novelistas invirtió la ecuación y universalizó, en tanto que derecho, la legitimidad del combate contra del invasor. Esta perspectiva, sin embargo, no estuvo exenta de problemas, ya

teatrales y cuentos, probablemente prologó sus anuarios.

³⁶ “[Presentación]”, *El Recreo de las Familias*, 1^o de noviembre de 1837, en *El Recreo de las Familias* (edición facsimilar), estudio preliminar de María del Carmen Ruiz Castañeda, índices de Sergio Márquez Acevedo, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, p. 1.

³⁷ *El Recreo de las Familias*, pp. XLVI-XLVII.

³⁸ *Ibidem*, p. XLI.

³⁹ Sobre los problemas y el papel que desempeña la traducción en las construcciones culturales véase Ottmar Ette, *op. cit.*, pp. 333-334.

⁴⁰ José María Heredia, *Jicoténcal*, estudio preliminar, edición y notas de Alejandro González Acosta, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2002; José María Lacunza, *Netzula*, en *El Año Nuevo, 1837. Presente amistoso* (edición facsimilar), estudio prelimi-

que la admiración por el indio histórico no propició necesariamente la simpatía hacia el indio realmente existente.⁴¹ Tal vez porque a éste ya no se le vinculaba con la libertad, sino con el atraso material y mental, como si su antigua civilización se hubiese descarrilado de la vía del progreso. Al respecto, las páginas de *El Recreo de las Familias* relataron las prácticas idólatras observadas en el pueblo de Huixquilucan, perteneciente al departamento de México, juzgando inaceptable el sincretismo religioso que revolvía el catolicismo con las antiguas creencias prehispánicas, consistentes en la adoración de figuras de barro nombradas “Los dueños del monte”. Por la noche, durante la Pascua, un indio anciano o “indio maestro” colocaba las piezas de acuerdo con su tamaño y añadía ofrendas tales como maíz, tamales, cigarros, aguardiente y dinero. No se precisó la función de este culto, simplemente se mostró su preocupación por la extensión de estos ritos paganos que adulteraban la verdadera fe católica:⁴² los resabios religiosos precolombinos —que después la ciencia positiva incluiría en el amplio cajón de los atavismos— desnaturalizaban la religión traída por los conquistadores.

La revista mantuvo el interés por la literatura europea, pero, al lado de Francia e Inglaterra, cedió mayor espacio a España y un poco a Alemania. Los textos de Espronceda (“Canción del pirata”, “Fragmentos de Pelayo”, “Fragmentos de un poema inédito de Pelayo”, “La pata de palo”), y Bretón de los Herreros (“Lamentos de un poeta”), acompañaban a los de Byron (“Fragmento del Sitio de Corinto”), Pascal (“La condición humana”, “La curiosidad”, “Encontrar la verdad”, “Un entendimiento que cojea”, “Los filósofos griegos”, “Gobierno y alcurnia”, “Los hombres persiguen la adquisición de

los bienes”, “Los mentirosos”), Voltaire (“La complacencia”), Lamartine (“La imaginación”, “Mi tumba”, “Nostalgia del pasado”, “Pensamiento de los muertos”, “El poema”) y Balzac (“Opinión acerca de las mujeres”). Reprodujo también escritos breves de Goethe (“Aprendizaje de la historia”), Winckelmann (“Sobre la belleza”) y Tieck (“Genoveva de Bravante”). De los escritores nacionales o a vecindados en el país dio a conocer: “El zapatero literato”, “La tumba”, “Un rayo de luna”, “El soldado ausente” y “El ciego”, de Rodríguez Galván; “La risa de la belleza” y “El soldado de la libertad”, de Fernando Calderón;⁴³ “Juan Bautista Casti”, “La desesperación” y “Dios al hombre”, de Heredia; “Una erupción del Jorullo”, de José María Lacunza; “La sonrisa del pudor” y “A M. [María]”, de Prieto; “A Elisa en primavera”, de José Joaquín Pesado; “La esperanza”, de Manuel Tossiat Ferrer. Eulalio M. Ortega hizo una semblanza biográfica de Heredia, la cual fue acompañada por un retrato litográfico del poeta firmado por Verger, además de una carta de Alberto Lista.⁴⁴

“El zapatero literato” ratificó la fama de ilustrados que poseían estos trabajadores.⁴⁵ Agobiado por las malas noticias, un zapatero parisino decide quitarse la vida pero, para evitar que se responsabilice a otro de su muerte, escribe una nota en la que cita unos versos de Molière (“Cuando toda la esperanza llega el hombre a perder, la vida es un oprobio y la

nar de Fernando Tola de Habich, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994, pp. 15-52.

⁴¹ La primera novela de Nicolás Pizarro, en donde los indígenas defienden la patria durante la guerra de 1847, inició su reivindicación. *El monedero*, México, Imprenta de Nicolás Pizarro, 1861.

⁴² Antonio Larrañaga, “Estado de la religión entre los indios”, *El Recreo de las Familias*, 1º de febrero de 1838, p. 275.

⁴³ “El soldado de la libertad”, imitación de “Canción del pirata” de José de Espronceda, ve en la lucha armada el medio para alcanzar la libertad: “Entre hierros, con oprobio/gocen otros de la paz;/yo no, que busco en la guerra/la muerte o la libertad”. *El Recreo de las Familias*, 1º de abril de 1838, p. 416. El pirata, perseguido por la ley, desafía a la muerte en aras de la libertad: “Que es mi barco mi tesoro,/que es mi dios la libertad,/mi ley la fuerza y el viento,/mi única patria la mar”. *El Recreo de las Familias*, 15 de noviembre de 1837, p. 51.

⁴⁴ “Don José María Heredia”, *El Recreo de las Familias*, 1º de febrero de 1838, pp. 241-245.

⁴⁵ Sobre las cualidades intelectuales de los artesanos ocupados en este oficio sedentario, véase Eric J. Hobs-

muerte un deber”). De momento duda si son de la autoría del comediante; tal vez los escribiera Rousseau, Lamennais, Bossuet o Hugo. Absorto en estas cavilaciones, el personaje de Rodríguez Galván posterga la ejecución del suicidio.⁴⁶ El cuento carece de valor literario, pero muestra familiaridad con el romanticismo francés, de la misma manera que las referencias a Byron, primero en *El Iris* y después en *El Recreo*, testimonian el conocimiento del romanticismo inglés.

La revista fue un fracaso monetario, a lo mucho logró vender doscientas cincuenta suscripciones, del todo insuficientes para costearla.⁴⁷ En realidad, concluyó el volumen gracias a la disposición incondicional del dueño de la imprenta. El número doce informó a los lectores acerca de su cancelación. Las razones fueron sumamente claras y apuntaron a un problema que, desafortunadamente, se volvería crónico: falta de lectores, urgencia de subsidios, indispensables ambos en un país donde “en todos los ramos del saber humano estamos en los principios”. No bastaba la buena voluntad para sacarla adelante, porque “los *buenos deseos* no dan de comer al artista, y el artista retrocederá o perecerá de hambre”.⁴⁸

Literatura para la reconciliación

El 2 de enero de 1869 apareció la primera entrega de *El Renacimiento*, “periódico literario”, adornada con un grabado de Hesiquio Iriarte en la portada. La revista, editada en las prensas de Francisco Díaz de León y Santiago White, con-

bawm, *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase trabajadora*, Barcelona, Crítica, 1987, pp. 144-184.

⁴⁶ *El Recreo de las Familias*, 15 de marzo de 1838, p. 386.

⁴⁷ Había políticos y empresarios conocidos entre los que recibían la publicación: Anastasio Bustamante, Estevan de Antuñano, Cayetano Rubio, Francisco Olaguíbel, José María Tornel, Rafael Canalizo, Melchor Ocampo y, por supuesto, científicos y hombres de letras. “Lista de los señores suscriptores”, *El Recreo de las Familias*, 15 de abril de 1838, pp. 479-482.

vocó a una fraternidad literaria más allá de las ideologías políticas, constituyendo una tentativa de reconciliación nacional y un proyecto de formación de la “República de las letras”, baluarte de la independencia cultural de la nación. En aquél número, Altamirano hizo un recuento de las producciones literarias y científicas más significativas de la década de 1860, entre las que incluyó los trabajos geográficos y lingüísticos de Manuel Orozco y Berra, Francisco Pimentel, Joaquín García Icazbalceta, José Guadalupe Romero y Joaquín Arróniz, además de las traducciones, estudios y obras literarias de José María Roa Bárcena, Vicente Riva Palacio, Isabel Prieto de Landázuri y Pedro Santacilia. Concluyó su presentación llamando “a nuestras filas a los amantes de las bellas letras de todas las comuniones políticas [...] Muy felices seríamos si lográsemos por este medio apagar completamente los rencores que dividen todavía por desgracia a los hijos de la madre común”.⁴⁹

Gonzalo A. Esteva fue el editor de *El Renacimiento*, e Ignacio Ramírez, José Sebastián Segura, Guillermo Prieto, Manuel Peredo y Justo Sierra se hicieron cargo de la redacción. Al cabo de unos meses figuraban las colaboraciones de Pimentel, José Tomás de Cuéllar, José María Roa Bárcena, Ricardo Ituarte,⁵⁰ Segura, Peredo, Ramírez, Juan A. Mateos, Santacilia, Pesado, Manuel Carpio, Manuel Acuña, Luis Ponce, José Peón Contreras, Justo y Santiago Sierra, Casimiro Collado, Manuel de Olaguíbel, Enrique de Olavarría y Ferrari, los hermanos Roberto, Gonzalo y Guillermo A. Esteva, Martín F. de

⁴⁸ “*El Recreo de las Familias* dice adiós”, *El Recreo de las Familias*, 15 de abril de 1838, pp. 473 y 474, respectivamente. Con cursivas en el original.

⁴⁹ “Introducción”, *El Renacimiento, periódico literario. México, 1869* (edición facsimilar), presentación de Huberto Batis, 2 tomos en un volumen, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993, I, p. 6.

⁵⁰ Ituarte, junto con José María Lafragua, Manuel Orozco y Berra, Antonio del Castillo, Emilio Pardo, José María Lacunza y Manuel Payno, encabezó durante el Segundo Imperio la edición de *El Año Nuevo*, “periódico de literatura, ciencias y variedades” dedicado a las señoritas mexicanas. Erika Pani, “Cultura nacional, canon

Jáuregui, Ignacio Mariscal, el emigrado alemán Oloardo Hassey y, semanalmente, una o varias contribuciones de Altamirano. Abundaron las poetisas (Soledad Manero de Ferrer, Gertrudis Tenorio Zavala, Esther Tapia de Castellanos, María del Carmen Cortés, Manuela L. Verna, Constanza Vereá, Luisa Gil e Isabel Prieto de Landázuri). Pronto la publicación contó con una cartera de más de cien autores mexicanos. Aunque predominaron éstos, las traducciones del francés, alemán, inglés, griego y latín fueron considerables: Lamartine, Musset, Hugo, Goethe, Schiller, Novalis, Uhland, Gessner, Byron, Poe, Teócrito, Moscho de Siracusa, Píndaro, Coluto y Apolonio.

Habitualmente los ejemplares incluyeron imágenes en apoyo a los artículos, por lo regular una litografía de Iriarte⁵¹ y, ocasionalmente, alguna litografía de Hipólito Salazar (*Cascada de Tizapán, Claustro de la Merced*), un mapa o bocetos de las antigüedades prehispánicas. Altamirano hacía recuentos de las novedades bibliográficas mexicanas, que incluían desde literatura e historia hasta códigos legales y descripciones geográficas, y escribía una crónica semanal de sus visitas a lugares, instituciones y personas. También realizó un estudio biográfico del músico Melesio Morales. Peredo realizó la revista de teatros. Cuéllar escribió crónicas sobre las fiestas populares y religiosas de la provincia mexicana. Ignacio Cornejo abrió una columna sobre las efemérides nacionales y José de Jesús Jiménez otra de “pensamientos filosó-

español”, en Clara E. Lida, comp., *España y el imperio de Maximiliano*, México, El Colegio de México, 1999, pp. 222 y ss.

⁵¹ Retratos de fray Manuel Navarrete, José Manuel Sartorio, Charles Dickens, Vidal Alcocer, Manuel López Cotilla, Fernando Orozco y Berra, Rafael Roa Bárcena, Hernán Cortés, Melesio Morales, Alphonse de Lamartine, Emilio Castelar, Alexander von Humboldt, Victor Hugo, Francisco Zarco, entre otros; e ilustraciones: *Tívoli, El Descendimiento, Vista de Heidelberg, Gran Tonel de Heidelberg, Puente de Santa Cruz, Vista General de Jalapa, Barranca del Muerto, Cascada de Regla, Ferrocarril de Tlalpan, Barranca de Metlac, Volcán de Colima, Tívoli de San Cosme, Vista de Cuernavaca, Proyecto de*

ficos”. Ramírez, Pimentel y Hassey publicaron sendas notas lingüísticas sobre el castellano, las lenguas indígenas, y las etimologías greco-latinas. Pedro C. Paz escribió acerca de los tesoros prehispánicos de la región de Tabasco, y Alfredo Chavero sobre los monolitos mexicanos. Manuel Orozco y Berra realizó un enlistado exhaustivo de los conquistadores españoles. Justo Sierra detalló las características del cristal de Bohemia, e Ignacio Cornejo configuró una tabla hipsométrica y meteorológica del volcán de Colima. Mariscal tradujo “El cuervo” de Poe, Roa Bárcena “Mazeppa” de Byron, Ituarte “El lago” de Lamartine, y Segura “La joven forastera” y “Fantasía fúnebre” de Schiller. Isabel Prieto escribió una oda a Victor Hugo en la que le hacía saber cuánto se le admiraba en estas tierras.⁵²

Como muchas veces de lo que se trataba era de presentar al público los personajes más destacados del mundo de la política y de las artes, el ensayo bio-bibliográfico constituyó un instrumento importante para alcanzar este propósito. En lo que respecta a los autores extranjeros, Justo Sierra escribió sobre Lamartine, Hugo y Castelar; Altamirano acerca de Dickens. Aquél advirtió que la literatura francesa estaba en un periodo de transición, después de extinguidas las figuras de Lamartine, Hugo, Musset y Beranger. Las estéticas realista y naturalista, que dominaban la escena, procreaban una literatura malsana, desprovista de virtud, cruda: únicamente rescató a Alejandro Dumas, hijo.⁵³

Altamirano pensaba que la literatura debería ser útil y prestar un servicio a la patria y a la sociedad, no en la línea del didactismo moral de

Ferrocarril de México a Puebla, Vista de la Alhóndiga de Granaditas en Guanajuato, La Tzararacua, Cascada de Rincón Grande, Ruinas de la Quemada.

⁵² “Ignoras que del mundo en un rincón lejano/Del mexicano cielo bajo el azul dosel/En esta bella tierra do con potente mano/Naturaleza ha hecho un eternal vergel/Dos seres para un genio, cual tu, desconocidos/Devoran tus cantares con férvida emoción/Dos corazones beben, absortos conmovidos/El néctar de tu dulce, radiante inspiración”. “A Victor Hugo”, *El Renacimiento*, I, p. 132. Martín F. de Jáuregui expresó una fascinación equiva-

Lizardi, sino en la de la novela social europea de mediados del siglo, que exponía conceptos morales, programas, criticaba las instituciones existentes, hablaba de doctrinas reformadoras y trataba de influenciar al público al asumir la literatura “como un compromiso, como una acción colectiva”.⁵⁴ Para el escritor tixtleco, Dickens figuraba entre las plumas más notables del siglo y equiparó sus cualidades descriptivas con las de Walter Scott. Elogió su estilo apacible y clasificó su narrativa como “moral” (lo llama “narrador de la familia”), abocada a corregir el vicio y reformar las costumbres. Esta perspectiva establecía una diferencia fundamental entre el escritor inglés y los novelistas franceses, quienes sacrificaban la verosimilitud en favor de una imaginación desbordada, dispuesta a conmover “aún sacrificando la moral, presentando a veces a la vista de inocentes lectores, cuadros de una repugnante disolución, o pintando el vicio con colores brillantes”. Por su prosa sencilla y elegante, “y por su amor a los desgraciados”,⁵⁵ Dickens bien podía ser imitado en México, territorio fértil para la novela popular, como pensaba Altamirano y lo ratificarían los años.

Prevalecía el entusiasmo sobre el desarrollo de las letras mexicanas, aunque simultáneamente se reconocía el atraso en relación con el Viejo Continente: “podemos medir la distancia que hay de la educación literaria que se recibe en las naciones cultas de Europa, y la que se recibe en México incompleta e incumplida por las agitaciones de la vida política”.⁵⁶ Sin embargo, la literatura nacional constituía ya un objeto histórico. Cuéllar remontó su origen al “imperio azteca”, esplendoroso en todos los renglones culturales. La colonia abundó en “coplas insustan-

lente por el poeta nacional de Francia. “A Victor Hugo en la muerte de su esposa”, *El Renacimiento*, I, p. 261.

⁵³ “Lamartine”, *El Renacimiento*, I, pp. 333-335, 343-346, 376-380, 408-411.

⁵⁴ Pierre Bourdieu, *op. cit.*, p. 143. Véase también el imprescindible estudio de Roger Picard, *El romanticismo social*, México, Fondo de Cultura Económica, 1947, pp. 159 y ss.

ciales de asuntos frívolos, alabanzas de carácter puramente místico, casi la única senda abierta al pensamiento, controversias en colegios sobre asuntos de muy poca importancia, y en las que no escaseaban desahogos vergonzosos y ridículos”. Escaparon a esta época oscura —descrita en términos parecidos a la Edad Media— Sor Juana, Ruiz de Alarcón, Alzate, Clavijero, Lizardi y un puñado de talentos más. El escritor mexicano, que inició su texto citando a Mariano José de Larra (del que adaptará la tipología de los “calaveras” en la caracterización de los “pollos” que pueblan sus novelas), atribuyó este atraso literario a la intermediación española, que bloqueó “la comunicación directa con las naciones que iban a la vanguardia del progreso humano”. La independencia novohispana paulatinamente abrió el camino a las emergentes letras nacionales (resalta la labor de Francisco Manuel Sánchez de Tagle y José María Heredia) que, tras la derrota de la intervención francesa, arribaron a “la primera época verdaderamente floreciente”.⁵⁷

A mediados de 1869, Altamirano cedió la propiedad de la revista a los impresores, reservándose la dirección. Para el segundo tomo, Manuel Orozco y Berra y Francisco Pimentel se sumaron a la redacción y el escritor tixtleco publicó *Clemencia* por entregas. Inició esta etapa con mucho optimismo, seguro del avance de la reconciliación nacional y de la integración de la “familia mexicana” de las letras. El alto número de colaboraciones, y el interés despertado dentro y fuera de la capital, le hizo pensar que la implantación de *El Renacimiento* era definiti-

⁵⁵ “Carlos Dickens. Su carácter, sus obras”, *El Renacimiento*, II, pp. 66-67.

⁵⁶ Ignacio Manuel Altamirano, “Crónica de la semana”, *El Renacimiento*, II, p. 193.

⁵⁷ “La literatura nacional”, *El Renacimiento*, II, pp. 186, 187 y 189, respectivamente. El artículo apareció originalmente en *La Ilustración Potosina*. Sobre este tema Francisco Zarco había disertado en junio de 1851, cuando tomó posesión de la presidencia del Liceo Hidalgo. Para el periodista, México pronto tendría una literatura propia, acorde con los postulados filosóficos de la época, cosmopolita. “Discurso sobre el objeto de la lite-

va.⁵⁸ Estaba equivocado: tres meses después se canceló su publicación. Conspiraron contra ella los altos costos de la edición y el elevado precio de los artículos.⁵⁹ En el texto de despedida habló de que el objetivo estaba logrado, porque florecían las publicaciones literarias en todo el país y la reconciliación nacional en el terreno literario era una realidad, además de que pronto iba a ocuparse de “una nueva publicación que tendrá un carácter literario y filosófico”.⁶⁰ Por tanto, “*El Renacimiento* puede desaparecer, en el concepto de que deja a quienes lleven a cabo ventajosamente el pensamiento que inspiró su fundación”.⁶¹

Conclusión

La difusión de la literatura, la ciencia, las artes y del periodismo cultural en publicaciones ajenas abrió los canales de la cultura letrada a un lector que buscaba ilustración y entretenimiento. Si bien su destinatario principal fue el público culto —una minoría dentro de una sociedad abrumadoramente analfabeta—, también se puede decir que la oferta de temas y asuntos trataba de diversificarlo, y eventualmente ampliarlo. No debiéramos pasar por alto el reclamo de Rodríguez Galván por las escasas suscripciones a su revista, muy por debajo de las expectativas que había abrigado. *El Iris* y *El Recreo de las Familias* no parecen haberse sentido defraudados por la respuesta del público

ratura”, *La Ilustración Mexicana*, p. 161, en Francisco Zarco, *Escritos literarios*, selección, prólogo y notas de René Avilés, México, Porrúa, 1980, pp. 225-234.

⁵⁸ “Introducción”, *El Renacimiento*, II, p. 3.

⁵⁹ Justo Sierra, por ejemplo, cobraba quince pesos por artículo y Altamirano veinticinco. *El Renacimiento*, p. X.

⁶⁰ Este nuevo proyecto editorial fue *El Federalista* (1871-1877), fundado por Altamirano y Gonzalo A. Esteva, y dirigido por Payno en el cual se escucharon todavía los ecos románticos y empezó a despuntar el modernismo con la poesía de Manuel Gutiérrez Nájera, Salvador Díaz Mirón y Agustín F. Cuenca.

⁶¹ “Despedida”, *El Renacimiento*, II, p. 257.

(en sus páginas no hay señalamientos en ese sentido), más bien se deja ver una aceptación si no amplia, por lo menos creciente. La política doméstica y los altos costos editoriales —propiciados por el afán de allegarse las mejores plumas, ofrecer un material bello y recurrir cotidianamente a las ilustraciones— dieron al traste a los respectivos proyectos hemerográficos. *El Iris* y *El Recreo de las Familias* duraron un semestre, *El Renacimiento* tan sólo un año.

Otro indicio de la expansión del consumo de revistas literarias fue el progresivo incremento de su número, a pesar que muchas iban quedando en el camino. Desaparecía una, pero al poco tiempo surgían dos o tres, y los editores de la primera llevaban su experiencia a las otras que se formaban. Heredia, aparte de impulsar *Minerva* tras su separación de *El Iris*, participó en *El Recreo de las Familias*; Altamirano pasó de *El Renacimiento* a *El Federalista*, dirigido a su vez por Payno, que intervino antes en *El Año Nuevo*. La comunidad intelectual era pequeña y esto propició también la colaboración en varias de ellas. Por ambas razones, no obstante la escasa durabilidad de éstas y las reiteradas intromisiones de los conflictos políticos, es posible hablar de la continuidad de las publicaciones literarias a lo largo del siglo XIX.

Estas revistas fueron uno de los espacios intelectuales en donde comenzó a fraguarse el nacionalismo cultural mexicano, que interrogó sobre los fundamentos de la nación, las raíces históricas de su cultura, y trató de sentar las bases de la literatura mexicana. Pero, como en un espejo, reflejar la imagen propia suponía mirarse en otro objeto, confrontarse. A este propósito contribuyeron la gran cantidad de noticias, reseñas y glosas acerca de lo que ocurría en el exterior, así como los intermitentes informes sobre las tendencias artísticas europeas, que desfilaban como una inmensa galería de nombres, retratos y biografías. De todo eso habría que tomar lo indispensable para dar forma a la cultura nacional, repetir hasta memorizar algunas verdades básicas, pulir los instrumentos necesarios para iniciar la propia pesquisa.

